

**EL
CAZADOR
DE ESCARABAJOS**

VICENT SALA

JML
Libros y Literatura

Primera edición.

El cazador de escarabajos.

© 2022, Vicent Sala.

© Libros y literatura SL

www.librosyliteratura.com

contacto@librosyliteratura.com

© Corrección: Laura Mas.

© Diseño de portada e interiores: Marta F. Alarcón.

Impreso en España.

ISBN: 978-84-947518-5-1

Depósito Legal: A 131- 2022

Estas líneas suelen destinarse a advertir a los desaprensivos que ni el contenido ni la cubierta de este libro pueden reproducirse sin permiso del editor, pero de poco sirven porque casi nadie las lee, y si algún despistado lo hiciera, podría incluso darle ideas. Así que si estás leyendo esto es que perteneces a ese grupo de lectores voraces que leen hasta las instrucciones de los abanicos. Por eso nos gustaría recompensar tu interés revelándote aquí el secreto de la existencia o alguna otra de las variopintas incertidumbres que afligen al ser humano. Por desgracia, ya no nos queda espacio.

A decorative graphic consisting of wisps of smoke or mist, rendered in shades of grey and white, drifting across the top of the page. The smoke is more dense on the left and becomes more ethereal and wispy as it moves towards the right.

CAPÍTULO 1

Ya era mediodía cuando Adrien Bélanger, exagente de la Sous-Direction Anti-Terroriste francesa (SDAT) y fontanero a jornada parcial, se despertó en un sofá inmundo. Como era habitual en aquellos tiempos, el primer pensamiento que le vino a la cabeza fue el de meterse una pistola en la boca y desayunar una ración de plomo crudo; sin embargo, su estómago, que prefería algo más nutritivo, se interpuso con un rugido de apremio. Con los párpados aún medio pegados, el detective hizo un esfuerzo por ser positivo y atender a su demanda fisiológica. Y es que, a escasos metros, un tintineo sordo de madera contra acero inoxidable y un olor a pasta hervida anunciaban la hora de comer.

—¡Hombre, dormilón! —exclamó alguien. El terrible acento holandés, seco como un portazo, acabó de situarle en el tiempo y el espacio: era sábado y se encontraba en el apartamento de Bartel, el camello con la cara más dura de Aulnay-sous-Bois.

En efecto, al conseguir abrir del todo los ojos se topó con aquel lugar por desgracia tan familiar: el pequeño ático que Bartel usaba como vivienda habitual, punto de trapicheo ocasional y *after* even-

tual, estaba salpicado de ropa indolentemente tirada, ceniceros rebosantes y botellas a medio terminar, formando un tapiz que confería a la estancia el aspecto de una caótica jaima.

El cuchitril del traficante, además de oler a pasta, hedía a polvo, pies y marihuana. Mucha marihuana. Bélanger, mientras, se incorporó como si estuviera pegado a un siamés todavía más abatido que él.

Al asomar la cabeza por el respaldo del sofá, Bélanger pudo ver cómo Bartel removía una cazuela con una cuchara, mientras con la otra mano sostenía un cigarro bien aliñado, a juzgar por el aroma. El holandés era un tipo alto y regordete, con una barba rojiza de hípster con la que trataba de compensar su incipiente alopecia, y un aire campechano que camuflaba sus mañas de timador empedernido.

—Esto ya casi está —aseguró animado—. Supongo que estás hambriento.

—Esta casa apesta a hierba —se quejó Bélanger.

—Y no a las finas precisamente, ja, ja, ja. —Bartel se rio de su propia gracia y dio una calada tan fuerte al porro que este resplandeció como una antorcha.

Bélanger tragó saliva, en un vano intento por abortar las arcadas que pugnaban por encumbrarse a su garganta. Se dirigió corriendo al lavabo, pero la urgencia le obligó a encestar la vomitona casi desde la zona de triples, con escaso éxito.

Hay que decir que Bélanger era un tipo corriente. No es que fuese mediocre, insulso, ni tampoco se podía afirmar que hubiese tenido una vida anodina, para nada: casi había terminado la carrera de Psicología, era un consumado experto en varias artes marciales, y había pasado cinco años como agente en la Seguridad Interior. Pero, desde entonces, había desempeñado multitud de trabajos hasta acabar de fontanero, siguiendo la tradición familiar.

Se conformaba con ser amable y educado con el prójimo, hacer su trabajo con honestidad, y emborracharse y meterse cocaína cada cierto tiempo.

Al salir del baño, se acercó a la nevera en busca de agua fresca. A menos de un metro, Bartel vigilaba el punto de cocción de los espaguetis, al tiempo que removía una salsa boloñesa que borboteaba perezosamente en una sartén de color indefinido. Mientras bebía directamente de la botella de agua mineral, Bélanger advirtió que había tres pequeñas cucarachas recorriendo las asas de plástico de la cazuela, dos en la de la izquierda y una en la derecha. Como hormigas en una cinta de Moebius, daban vueltas por la rugosa superficie en un ir y venir atolondrado e hipnótico, acercándose al recipiente guiadas por el olor, para, en el último momento, dar la vuelta sobre sí mismas, espantadas por la temperatura abrasadora del metal. Medio segundo después, una vez fuera de peligro, el ansia por la comida se volvía a apoderar de ellas y emprendían la acometida por el otro flanco, topándose de nuevo con el calor insoportable que las volvía a espantar hacia el extremo del asa. El estéril bucle en que se hallaban atrapados los insectos le evocaba a Bélanger algo indefinido y familiar al mismo tiempo; finalmente, apartó esa idea de su mente con un bufido hastiado y se dirigió al fregadero.

—Malditas cucarachas —se quejó Bartel mientras Bélanger buscaba dos tenedores por el agua cenagosa—. Son suramericanas, no sé cómo han llegado hasta aquí, pero me tienen harto; he hecho fumar esto dos veces ya, y nada, las cabronas están por todas partes.

El traficante pareció adivinar el pensamiento de Bélanger al añadir:

—No te preocupes, al sofá nunca se acercan; se ve que no les gusta el olor a maría.

—Creía que eso era tu colonia —replicó Bélanger, que trataba de desatascar el fregadero, lleno a rebosar de cubiertos y vasos sucios.

Bartel hizo una mueca que bien podía ser de aprobación, dio una calada olímpica al menguante canuto, apagó los fogones y mezcló la salsa y la pasta en un cuenco de plástico. Agitó la cazuela hasta que las cucarachas cayeron al suelo, las pisó y, con un puntapié, las lanzó bajo la nevera. Después, cogió el cuenco con una mano, abrió la nevera con la otra, sacó una litrona y se acercó a la mesa, donde Bélanger había puesto los tenedores tras haberle pasado una bayeta.

Bartel encendió la tele y puso el canal especializado en cine de acción; en ese momento estaban pasando una película de Chuck Norris.

—¿Cuál es esa? ¿*Masacre en Vietnam 6*? —inquirió Bélanger con sarcasmo.

—¿Qué dices, tío? Pero si es *Desaparecido en combate 2* —repuso el camello, indignado—. Es todo un clásico. Desde luego, qué poca cultura cinematográfica tienes. Parece mentira que seas licenciado en Literatura y artista marcial tremendamente cualificado.

—Ah, vale —respondió Bélanger con la boca llena. A diferencia de la inmensa mayoría de seres humanos que conocía, la resaca no le quitaba el apetito—. Y estoy casi licenciado en Psicología, por cierto.

—Eso —asintió Bartel, mientras contemplaba con regocijo cómo Norris mostraba el mismo respeto por la vida de los sudorrientales que él había tenido con las cucarachas.

—Qué grande es Chuck Norris —seguía Bartel—, el combate con Bruce Lee en *El furor del dragón* es de lo mejor de la historia del cine: qué técnica, qué agilidad, qué interpretación... ¡Por Dios!

—Chúpate esa, Laurence Olivier —murmuró con una media sonrisa Bélanger mientras apuraba el plato—. Lástima que *Matrix*

le haya quitado el mérito a estos artistas. Ahora cualquier actor puede currarse ese tipo de escenas; solo hay que saber dónde situar la cámara, y después reproducir las secuencias a toda leche.

—¡Buah, menuda herejía! —replicó el traficante, casi colérico—. Bruce Lee estará reventando su ataúd a patadas por tus blasfemias. En *Operación Dragón*, Bruce se movía tan rápido que el director tuvo que grabar a treinta y dos imágenes por segundo porque a velocidad normal no se veían las hostias que daba. Y todo sin dobles. Eso era arte. Lo que tú dices sería como comparar un Moët & Chandon Brut Impérial con un champán de marca blanca.

—O la farlopa de verdad con esa mierda que vendes tú —musitó Bélanger. Un poco más alto, dijo—: Además, he leído que Bruce Lee sí que utilizaba un doble para algunas escenas de acrobacias. Se las hacía el colega de Jackie Chan ese... No recuerdo cómo se llama.

—¡Venga, va, Bélanger! Seguro que te habría encantado tener un par de *rounds* con él. —Bartel se levantó y entró en el dormitorio, del que salió al momento con una bolsita. La abrió, sacó un buen pellizco de cocaína con una tarjeta y se puso a preparar unas rayas—. ¿Hace o no hace?

Bélanger, después de suspirar con farisea resignación, apuró los espaguetis, le pegó un trago a la cerveza y se tomó una dosis del postre que le ofrecía el holandés. Fuese por el efecto placebo o porque aquello sí era coca de la buena, la esnifada le animó de inmediato. Sintióse todo un dios griego, se encendió un cigarro, puso los pies sobre la mesa y se aposentó, listo para disfrutar de la película.

—A ver —aclaró—, yo no niego que el tío fuera un *crack*. Pero lo que pasa es que, en esta época, lo artesanal está de capa caída...

Los tiros y las explosiones se combinaron con la inhibición de dopamina causada por la droga. Batiendo récords de pronuncia-

ción de palabras por minuto, fontanero y camello se pusieron a debatir acaloradamente acerca de la relación e interdependencia mutua entre el cine de artes marciales y el convencional, y en la influencia que el primero había ejercido sobre el segundo, e incluso a la totalidad del arte en general. Bélanger pasó de repudiar la película a admitir que no era tan mala; al cabo de dos minutos ya le daba cien patadas a *El acorazado Potemkin* y a *El Padrino* juntas.

—¿No se te ha pasado nunca por la cabeza cómo se lo tomarán las madres de toda esa gente que se cargan? —Bartel agitaba los brazos para reforzar su argumento—. Todos esos tíos que se pasa por la piedra, cuando sus madres vean que no tienen noticias suyas, porque, claro, al ser malos, no creo que las visiten mucho, pero ellas seguro que los quieren, porque, tío, una madre es una madre; y que al final, tío, que al final, después de haberlos criado con todo su amor de madre, pues que se enteren de que han muerto... ¿No has pensado nunca en ello?

—Tío, la verdad es que no se me había ocurrido. —Bélanger se mesaba la barba recortada mientras miraba a su amigo como si le hubiera revelado una verdad oculta—. Pobres mujeres... ¡Eh! ¿Y los padres? De ellos nunca se acuerda nadie...

Al cabo de media hora, el efecto de la cocaína se volatilizó; la euforia y la felicidad dieron paso a la desasosegante certeza de saberse un auténtico inútil. La película había regresado a su estado original de bodrio supremo, y con intereses. En su mente empezaron a agolparse pensamientos de “qué hice ayer”, “qué hago aquí”, “qué será de mí mañana”, de forma que cualquier duda acerca del futuro inmediato, valorado unos segundos antes como un problemilla sin importancia, se había convertido de repente en un obstáculo insuperable.

A Bartel también debía haberle pasado el efecto, porque con un gruñido se incorporó del sofá para “pintar” un par de rayas más

largas que el discurso de un tartamudo. Tras meterse una de golpe, el camello le ofreció la otra a Bélanger.

—No, gracias, ya está bien por hoy —dijo él mientras se levantaba con esfuerzo.

—¡Pero si acabas de empezar! —exclamó sorprendido Bartel—. Bueno, como quieras, tío, cuando te apetezca quedar, ya sabes dónde estoy.

Bélanger le dio la mano y se largó con la deprimente sensación de estar huyendo hacia ningún sitio.

Nada más salir a la fría calle de invierno, recibió un mensaje: era Stéphanie.

“Tenemos que hablar, Adrien”.

Y luego otro:

“Quizás haya una posibilidad de que vuelvas”.

Y, por último:

“A las 15 donde siempre”.

Bélanger respondió: “Ok”. Quedaba poco más de una hora para las tres, lo justo para ducharse y llegar puntual a la cita. No quería hacer esperar a su antigua compañera en la SDAT. Mientras entraba en el metro, no pudo evitar acordarse de las cucarachas escapando del doloroso calor para volver a él de inmediato, atraídas por el goloso olor de la pasta cocinándose a fuego lento.

A decorative graphic consisting of wisps of smoke or mist, rendered in shades of grey and white, flowing from the left side of the page towards the right. The smoke is most dense around the chapter title and then disperses as it moves across the top of the page.

CAPÍTULO 2

No exagero si afirmo que mi vida empezó aquel segundo martes de noviembre de 2018. Concretamente, a las diez y cinco minutos de la mañana. Pero mi historia debe empezar un poco antes, a las nueve y diez.

Como siempre a esa hora, desde que había dejado mi trabajo de informático hacía ya seis años, me encontraba en la cafetería Duchamp, en la esquina de Lourmel con Leblanc, tomando plácidamente un poleo americano.

Había elegido aquella cafetería porque no se hallaba muy lejos de mi casa, aunque sí lo suficiente como para caminar un rato y al menos estirar las piernas. Estaba, como cada día, en la mesa idónea, por ubicarse en una esquina cerca de la calefacción, y donde nadie podía verme desde el exterior. Como he dicho, estaba tomando poleo americano, mi predilecto; entre las piernas tenía dos bolsas de la compra y una botella de suavizante con fragancia de rosas. En momentos como aquellos, mi calma era absoluta; todo estaba tranquilo, en orden, como tenía que ser.

Hasta que se abrió la puerta y oí de nuevo aquella horrible voccecita. La niña entró de la mano de su madre, exactamente igual que el día anterior, y a la misma hora, las 9:15. Pensé: “Dios, seguro que hoy también se pone a berrear”. Me habían jodido ya el lunes, pero había supuesto que simplemente habría sido un infortunio excepcional y que nunca volverían a pasar por allí. Me había equivocado de pleno.

La madre pidió un café solo; la niña quería un batido de fresa. La madre se lo negó porque engordaba. De inmediato, la cría empezó a llorar con la intensidad del que sabe a ciencia cierta que su esfuerzo valdrá la pena.

Entonces me fijé en el suavizante: lo tenía justo bajo los pies. Qué color más bonito, ese rosa claro, casi eléctrico. Hasta parecía apetitoso, igual que un dulce y sabroso batido de fresa.

A las 9:35 me levanté, pagué, recogí las dos bolsas con la mano izquierda y el suavizante con la derecha, y me dirigí a mi casa. Por el camino me consolé un poco: me dirigía a mi fortaleza, mi guarida, mi cueva inexpugnable; allá no tenía que encontrarme con ninguna niña histérica ni músicos callejeros, ni nadie por el estilo. Además, a las diez en punto iba a recibir los resultados del estudio de mercado que había encargado para investigar la viabilidad comercial de mi última patente; desde que me habían dado la invalidez absoluta, hacía más de cinco años, había estado dedicándome a la que era mi tercera gran vocación, junto con los juegos de rol y los circuitos de dominó: los inventos.

Llegué a mi casa por fin; abrí el portal sin dejar que la compra tocara la acera, entré en el pequeño recibidor y llamé al ascensor. Cuando se detuvo en la planta baja y las puertas corredizas se deslizaron, mostrando el interior de la cabina, me encontré con la segunda putada del día. Y todavía no eran las diez.

El suelo del maldito artefacto estaba medio cubierto por una fina y aceitosa capa de meada de perro. Solo podía tratarse del jodido chucho del cuarto B. No tuve más remedio que subir a pie.

En el cuarto piso me encontré con el señor Lemarron, que por algún motivo todavía permanecía en el rellano con su odiosa mascota; quería soltarle todo lo que pensaba de ellos, obligarle a limpiar el orín del chucho con la lengua, y echarles a patadas del edificio y que no volvieran nunca más. En cambio, me limité a articular un semigruñido que hasta podría haber pasado por un “buenos días”.

Llegué por fin al noveno piso; exhausto, abrí la puerta de mi apartamento, dejé caer las bolsas y el suavizante en la entrada y me apoyé en la pared. Estaba agotado, humillado, me sentía sucio, y más cobarde que un desertor espartano. Pero enfrente de mí tenía a mi amigo fiel: mi ordenador, mi hermoso ordenador nuevo, con procesador Intel i9 de última generación, que resplandecía desde el centro del modesto comedor. En su pantalla se reflejaba la luz del sol que entraba por la ventana, igualito que una aparición mariana. No podía esperar más. Me senté delante de la computadora, la encendí y entré en mi web.

Los Desafíos del Centinela. Aquella era mi razón de vivir, con ese juego me convertía en todo lo que no podía ser en el mundo real: ese mundo atiborrado de niñas gritonas, músicos ambulantes, perros meones y viejos malcarados. Que se lo quedasen. En mi juego yo, y solo yo, era el Maestro Supremo, ahí todos seguían mi voluntad. Era su dios. Y no solo creaba y construía sin más límite que mi imaginación y mis elevados conocimientos de programación; también me daba la oportunidad de entregarme al placer de la escritura, otra de mis grandes pasiones.

Más animado, me dispuse a retratar el punto de partida de mi último Desafío:

El sonido del abismo.

Jugadores: el Centinela desea, por encima de todo, conocer la verdad: hacer aflorar aquello que está hundido en la profundidad, iluminar lo que se cubre de tinieblas, desvelar aquello que se esconde tras muros de piedra y hueso. Para satisfacerle, os ordena que halléis el origen de un lamento que, después de siglos, nadie puede situar con exactitud. Solo se sabe que su eco resuena en los túneles de las Catacumbas, recubiertos de osarios centenarios...

Me interrumpió la notificación de un *e-mail*. El remitente era La cocina de los inventos, la empresa a la cual había encargado el estudio de mercado de mi último ingenio. El asunto era “Análisis de la viabilidad del Magic Beach: conclusiones del estudio cualitativo”.

Mi corazón se detuvo y, lleno de esperanza, recé al dios de la computación: “Por favor, que las opiniones sean buenas... Que mi invento tenga éxito y pueda cambiar de apartamento, escapar de la niña malcriada y del perro meón, e irme a una mansión en el distrito 8, al lado del Elíseo, lejos de chusma y gentuza...”.

Abrí el *e-mail* y empecé a leer:

“Estimado Sr. Pourault,

Soy la señorita Leroy. Le adjuntamos un documento con las conclusiones del focus group realizado para evaluar la viabilidad comercial de su invento Magic beach.

Lamento tener que anticiparle que los resultados no han sido del todo alentadores, si bien le he de recordar que un focus group solamente está constituido por un público de diez personas y, por tanto, las impresiones de sus miembros son orientativas, pero en modo alguno estadísticamente relevantes. Por tanto, sirva este mensaje para darle ánimos y apoyarle para que no pierda la fe en sí mismo ni en sus ideas.

Si tiene cualquier consulta, no dude en llamar al número de teléfono que aparece al final del mensaje.

Saludos cordiales,

Annabel Leroy

Asesora comercial de La cocina de los inventos SL”.

El sudor comenzó a resbalar por mi frente, pegajoso como grasa de chuleta de cerdo. Mi dedo temblaba tanto que me costó abrir el documento adjunto con los resultados:

“El objetivo principal de esta investigación ha sido realizar un estudio para testar la viabilidad comercial del invento Magic Beach...”

Blablablá.

“...en cuanto a la metodología y muestra, se han realizado cuatro reuniones de grupos, de diez personas. Dos grupos de veinticinco a cuarenta años, y dos de cuarenta y uno a cincuenta y cinco, todos de clase social media amplia...”

Blablablá.

“Nombre del producto: al ver el nombre, y sin haber tenido ningún contacto previo, ni ninguna noción de en qué puede consistir el producto objeto de estudio, los participantes consideran mayoritariamente (un 76%) que puede ser un juguete veraniego para niños...”

Avancé hasta la parte en la que se les mostraba el producto y su función:

“Al descubrir que su función es alisar la arena de la playa para tomar el sol con más comodidad, la mayoría de las personas consultadas (92%) considera que es algo «superfluo, innecesario o frívolo» y que «no le ven ninguna utilidad práctica»”

No necesitaba leer más. Se trataba de otro invento destinado al fracaso. Me deprimí enormemente, pero más que por el rechazo del público (al fin y al cabo, eran una panda de ignorantes), porque aquello desvanecía mis esperanzas de hacerme rico. Rico para escapar de aquel barrio y su gente, para dejar de malvivir en un piso

minúsculo, para no tener que ir a comprar nunca más. Pero, sobre todo, para poder permitirme la venganza de mis sueños. Pero solo eran eso, sueños.

El sonido de llamada de mi móvil me sobresaltó.

—¿Qué?! —respondí, todavía con la cólera a flor de piel.

—Eh... ¿Hablo con el señor Pourault?

—Sí, soy yo, ¿qué quiere?

—Buenos días, mi nombre es Paul de Vermandois. Soy el notario de Delabou.

—Sí, el de mi pueblo. ¿Qué pasa?

—Lamento comunicarle que su madre ha fallecido esta madrugada.

Empezaron a venirme en torrente miles de pedazos de mi infancia. Ninguno bueno.

—Señor Pourault, le acompaño en el sentimiento.

—Sí, sí. Ha dicho que es el notario, ¿no? ¿Cuánto me ha dejado de herencia?

—Eh... Le tengo que informar que su madre lo desheredó en su testamento...

El mundo pareció hundirse bajo mis pies. Tras el fiasco de mi último invento, la única oportunidad que tenía de mejorar mi situación era que mi madre muriese, y así quedarme con la casa y sus ahorros; y esto también me había sido negado. Iba a colgar cuando el notario continuó:

—Sin embargo, es mi deber informarle de que, como heredero forzoso, tiene derecho a la legítima, por tanto, la desheredación completa es nula en cuanto a esta parte...

—¿Y de cuánto dinero estamos hablando?

—Si hablamos solamente de la legítima, la cuantía asciende a cuatrocientos cincuenta y tres mil doscientos ocho euros con setenta y seis céntimos.

De un brinco me levanté del asiento. ¿Cómo podía ser que la vieja bruja hubiese logrado reunir tanta cantidad de dinero?

—Disculpe, ¿puede repetir?

—Cuatrocientos cincuenta y tres mil euros; como usted sabrá, su difunta madre cobró una importante suma del seguro a causa del incendio acaecido en su residencia, hace cuatro años.

La verdad era que no tenía ni idea: ni de que se había quemado nuestra casa, ni del dinero del seguro, ni mucho menos de que me quería desheredar.

Me había puesto a dar vueltas como un poseso hasta que, sin saber cómo, me resbalé y caí de espaldas. El golpe fue tan fuerte que se me paró la respiración. Cuando me recuperé un poco, comprendí lo que había sucedido: había patinado al pisar un líquido rojo que cubría parte del suelo. Por lo visto, se había roto la botella de zumo que estaba dentro de las bolsas de la compra y su contenido se había desparramado por el suelo.

—¿Señor Pourault? ¿Está ahí?

—Eeuh... Sí, sí, estoy aquí. ¿Cuándo me puedo pasar a firmar lo que sea?

—¿Puede acercarse por la notaría mañana a las diez?

—Estaré allá a las nueve en punto. —Y colgué.

De pronto, me asaltaron unas irresistibles ganas de reír; una risa estridente, alocada, liberadora, como jamás había experimentado; tirado en el suelo de mi apartamento, con el olor de meada de perro mezclado con el zumo, mirando la lámpara barata que colgaba del techo, como si fuese la de un genio que me acabase de conceder un deseo.

A decorative graphic consisting of wisps of smoke or mist, rendered in shades of gray, flowing from the left side of the page towards the right. The smoke is most dense and detailed in the upper right quadrant, where it forms intricate, swirling patterns. It tapers and becomes more ethereal as it moves towards the left, where it meets the chapter title.

CAPÍTULO 3

Bélanger llegó a su apartamento en Saint-Fargeau, se quitó la ropa y se metió en la ducha.

“Quizás haya una posibilidad de que vuelvas”. Aquella era la primera vez que Stéphanie contactaba con él en los cinco últimos meses. Mientras sentía el agua caliente repercutiendo en su coronilla y hombros, su mente se despejó y empezó a cavilar.

No podía imaginarse qué querría decir Stéphanie con aquello de poder regresar al servicio: lo habían expulsado hacía dos años y medio y tuvo suerte de que no hubiesen tomado medidas más drásticas. Muy desesperados debían de andar para necesitarle. O tal vez era algo tan arriesgado que solo podía proponerse a una persona temeraria y desesperada como él.

Fuese lo que fuese, Bélanger tenía que admitirlo: el principal interés de todo el asunto era reencontrarse con Stéphanie. Le debía algo de dinero, varios favores y muchas explicaciones, y en ese momento no podía saldar ninguna de sus deudas; pero el hecho de que ella se hubiese decidido a citarse con él, a pesar de tratarse, en

apariencia, de un asunto profesional, implicaba que no lo detestaba tanto como había imaginado. Y eso le tranquilizaba.

Envuelto en esos pensamientos terminó de ducharse, se vistió y salió de casa. El viento frío de noviembre le golpeó en la cara y le sacó de su ensimismamiento.

Tomó el metro en Couronnes, y bajó en Victor Hugo, a diez minutos de donde estaba a la cafetería en la que años antes solía citarse con su antigua compañera y pareja. La calle estaba desierta: apenas se oía ladrar algún perro en algún balcón y el paso fugaz de los escasos coches que circulaban. Mientras andaba con paso ligero, Bélanger se miraba en el reflejo de cada cristal o escaparate, como si no llegase a convencerse de tener el aspecto adecuado para la ocasión. Aunque se había vestido con su añejo estilo roquero de siempre —camisa negra, pantalón vaquero, chupa y botas— que no alteraba ni para ir a una boda, la idea de encontrarse con Stéphanie le producía una cierta inseguridad.

Al llegar al local, en aquel momento poco concurrido, encontró a Stéphanie sentada en una mesa. Vestía como siempre, sencilla pero elegante; y estaba tomando lo de siempre: té de cualquier color con sacarinas.

—Hola, Adrien —dijo ella nada más verlo; su tono no era seco, pero tampoco expresaba simpatía—. Veo que con tus casi cuarenta tacos aún no te has deshecho de la ropa del instituto.

—Hola, camarada —le devolvió el saludo Bélanger—. Ya sabes, lo de ser *heavy* se lleva en la sangre.

—Si solo llevases eso... —replicó la espía con sorna—. Tienes pinta de haberte bebido hasta la mercromina del botiquín, guapito de cara.

Bélanger tuvo que reconocer que añoraba todo de ella: sus marrones ojos oceánicos tiznados de suave verde oscuro, su nariz con pecas de niña traviesa, su boca de labios generosos con forma

de corazón y su eterno cabello corto con flequillo. Incluso echaba en falta sus reproches, tan desconcertantes como cruzarse con el padre en el vestíbulo de un club de alterne.

—Tú tampoco has cambiado —sentenció.

—En una mujer de mi edad, eso se debería tomar como un cumplido.

Sin embargo, algo sí había cambiado: su expresión reflejaba todo lo que habían pasado durante sus dos años como compañeros, más uno y tres meses como amantes. Además, insinuaba todo lo que ella había vivido durante los dos años y medio posteriores, en los que él no había estado presente; ni siquiera aquella mirada tan hermosa podía esconder las secuelas de un trabajo que curte el alma y la seca como el viento de otoño.

—Según los parámetros de nuestra cultura heteropatriarcal, así es —observó el exespía. El camarero se acercó y Bélanger le pidió una Coca-Cola.

—Pues que así sea, aunque me joda —concedió ella.

—¿Cumplir años o el heteropatriarcado? —preguntó Bélanger con una mirada burlona.

—Adrien —le cortó Stéphanie—. Me duele comprobar que no te has desenganchado del alcohol, y a saber de qué más, pero precisamente por eso estamos aquí. Quiero ofrecerte otra oportunidad.

Fuese la resaca, o el anhelado reencuentro, o las cucarachas, o todo a la vez, la cuestión es que Bélanger sintió como si una presa se abriese en su pecho y expulsase todo lo que había acumulado en aquellos años. Le asaltaron unas ganas enormes de confesarle: “De acuerdo, Stéphanie. Mira, estos dos años han sido una absoluta y completa mierda. Como sabes, estoy trabajando de fontanero a tiempo parcial, y mi única ilusión la tengo cuando me meto la primera raya del día, cosa que hago tres o cuatro veces por semana,

y, sinceramente, empiezo a estar hasta los cojones de todo. Haré lo que sea para volver contigo. Lo que sea”.

Enseguida se acordó de los motivos que provocaron su caída en la depresión, su adicción y, por último, su expulsión del cuerpo: todos habían tenido que ver con su trabajo en la Subdirección Antiterrorista. Y Stéphanie era, por desgracia, tan inseparable de la SDAT en su recuerdo como una uña lo es de un dedo. Y, al mismo tiempo, sabía que su vida necesitaba un cambio radical. Y, sobre todo, sentía que le debía algo a ella.

Su indecisión empezó a rebotar entre el amor y el temor, convirtiendo su mollera resacosa en una máquina de *pinball*, pero se obligó a reprimirla. Al fin y al cabo, ni siquiera sabía por qué le había citado.

—Soy todo oídos —dijo, aparentando toda la naturalidad posible.

Las pestañas de ella aletearon como un colibrí, obligado trámite que su lenguaje no verbal le imponía siempre que se disponía a anunciar un asunto de excepcional gravedad.

—Adrien, lo que voy a proponerte es por mi cuenta. Nadie me lo ha encargado, y no lo dudes: lo hago exclusivamente por ti.

—Te lo agradezco.

“O te maldeciré”.

—Y otra cosa también tiene que quedar muy clara: lo que te voy a comentar no puede salir de aquí. Es secreto de Estado.

—Por supuesto —concedió Bélanger.

—Agárrate: nuestros científicos van a desarrollar algo muy importante, algo diferente. Algo revolucionario. —Stéphanie se quedó observando fijamente a un intrigado Bélanger, agitó sus párpados no menos de trescientas veces en un segundo, y prosiguió—. El departamento científico de la Dirección General de Seguridad Exterior está trabajando en un proyecto para desarrollar las ca-

pacidades cognitivas de los agentes de campo: afirman que, si sus previsiones son correctas, podrían aumentar estas capacidades hasta niveles extrasensoriales.

Los modestos ojos de Bélanger se abrieron al doble de su capacidad:

—¿Cómo?

—Parece que han encontrado una manera de desarrollar poderes telepáticos, visión remota... Cosas así.

—Perdona, perdona, a ver si te he entendido bien —la interrumpió Bélanger—. ¿Me estás diciendo que quieren crear videntes?

—Espías psíquicos, en efecto —corrigió Stéphanie.

—La hostia. —Fue lo único que le salió a Bélanger. Esperaba que Stéphanie le propusiera una misión en África, infiltrarse en el ISIS o hasta ejercer de catador del diplomático destinado en Corea del Norte; todo menos participar en un experimento paranormal. Tras el desconcierto inicial, estalló en una carcajada, que tal vez sonó demasiado desdeñosa:

—La madre que parió a Scooby-Doo... Y... ¿en qué consiste la prueba? ¿Van a hacernos mirar una cabra hasta que le reviente la cabeza? ¿Cotillear las fantasías masturbatorias de un grumete en un submarino? ¿Hacer una *ouija* para contactar con Jesucristo, o con M...?

—Sé que parece una locura —admitió Stéphanie—. Pero va muy en serio.

Bélanger la miró pasmado.

—Muchacha, si no te conociera tan bien pensaría que te estás quedando conmigo... ¿Y cómo leches han conseguido hacer eso?

—No estoy al corriente de los pormenores técnicos —reconoció la espía—, pero las pruebas con animales han resultado bastante concluyentes.

—Con animales —repitió incrédulo Bélanger—, o sea, que han conseguido que un perro adivine los resultados de la liga de fútbol...

—No —respondió Stéphanie con una media sonrisa—. Pero sí que lea la mente.

—Ahora sí que me tomas el pelo. ¿Y cómo se lo ha hecho saber el perro a los científicos? ¿Ladraba en morse?

—Todos estos temas te los explicarán el doctor Vipond y su equipo —repuso Stéphanie—, siempre que aceptes participar en el primer ensayo que se realizará con humanos.

—No me puedo creer que nosotros seamos los primeros en esto. ¿Cómo puede ser que los americanos no hayan desarrollado todavía nada así? ¿O los rusos? Por lo que cuentan, ellos llevan metidos en estas historias desde los años cincuenta.

—Quizás es que por fin hemos vuelto a la vanguardia. —La voz de Stéphanie dejaba traslucir el orgullo del pueblo francés, tocado, pero no hundido.

—¿Y por qué me lo propones a mí? —se extrañó Bélanger—. ¿De verdad crees que después de lo sucedió me readmitirían?

Stéphanie entrecerró los ojos.

—Buscan gente con unas características especiales —dijo—. Con reactividad e ingenio, por un lado, porque al parecer esos aspectos potencian las habilidades psíquicas, y por otro... —Stéphanie dudó.

—¿El qué? —apremió Bélanger.

—... por otro lado, la inestabilidad, las tendencias depresivas y la falta de autocontrol podrían facilitar los cambios que deben producirse en la consciencia para que el experimento tenga éxito. Como te he dicho, las pruebas con humanos están en una etapa embrionaria.

—¡Por Dios! —exclamó Bélanger—. O sea, que no habéis encontrado a nadie en todo el departamento que esté tan colgado como yo...

—Adrien —le cortó Stéphanie con impaciencia—, hay muchos otros candidatos que cumplen con el perfil. Te estoy dando la opción de aprovechar mi influencia para que accedan a considerarte uno de los aspirantes. El proceso de selección hasta la fase de experimentación lo deberás superar tú solito.

Bélanger se pasó los dedos por la cabeza hasta llegar a la nuca, y empezó a masajearse.

—No lo tengo claro, Stéphanie. Supongamos que lo consigo, supongamos que regreso. Tú ya sabes lo que pasó..., por qué acabó todo. No podría soportar cometer el mismo...

—No tiene por qué volver a ocurrir. Y, por otra parte, dudo que lo que tengas ahora te pueda ofrecer el futuro que deseas.

—A ti ni puedo ni quiero engañarte. —Bélanger puso las manos encima de la mesa, casi hasta tocar las de ella, que no habían cesado de acariciar la taza de té—. Mi situación no es para tirar cohetes, y lo sabes bien...

—Volverás a tener algo por lo que luchar y vivir. Aún eres joven, no renuncies a tu futuro.

—No sé si luchar por la “razón de Estado” es algo que valga la pena.

—¿Y dejar que los terroristas y enemigos de Francia se salgan con la suya? No seas cínico.

—Quizás lo sea. —Bélanger la miró, intentando parecer lo más asertivo posible—. Déjame pensarlo unos días.

—No pueden ser muchos. El proceso de selección empieza dentro de una semana.

—Entonces el jueves te doy mi respuesta definitiva. ¿Nos vemos aquí?

—No hace falta, Adrien. Si el jueves a las doce en punto acudes a esta dirección, entenderé que has aceptado. Adiós.

Stéphanie dejó un billete de cinco euros y una nota encima de la mesa. A continuación, se levantó y se fue sin despedirse. Bélanger la vio alejarse con ese andar pausado que conocía tan bien. Nada más la perdió de vista, llamó al camarero y pidió un *gin-tonic*. Probablemente aquella noche la volvería a pasar en el sofá de Bartel.